LA ESTIRPE DEL SOL

POEMARIO

Claudio Alberto
Caballero Bosch

Obra libre de inteligencia artificial

Copyright © 2024
Claudio Alberto Caballero Bosch
Todos los derechos reservados.

LA ESTIRPE DEL SOL

POEMARIO

Claudio Alberto Caballero Bosch

EL PORVENIR 7
EL PRIVILEGIO DE LOS MUERTOS 8
LA ESTIRPE DEL SOL 9
CUAL ÁNGEL DIVINO EL VUELO REMONTANDO 11
LOS CONOCERÁN POR SU SILENCIO 13
CUANDO ALTAVOCES CONVOCAN EFLUVIOS DE GENTE 15
UN VIAJERO EN EL DESIERTO 16
AMNÉSICO MUNDO 18
A LA LUNA 19
POEMAS DEL SOLITARIO 21
LA DESILUSIÓN DE NOBLE 24
HIMNO FELINO 25
A UNA PAREJA DE RECIÉN CASADOS EN RUSIA 27
CANTO DEL FUEGO DEVORADOR 29
CANTO DEL ABANDONO 31
CANTO DEL OLVIDO 32
EL JOVEN PADRE 33
LA CALIDEZ DEL CARIÑO 37
DOS GOTAS REGADAS 40
LA ORFANDAD DE LA VIDA 41
LA EFUSIÓN DE LA PARTIDA 43
NOCHES FEBRILES 44
LA BESTIA 47
TAL VEZ LO RECUPERE EN TUS BRAZOS 48
POSAN EN LOS CABLES DE LUZ 49
LOS AIRES DE LIBERTAD 50
NO HAY COSA MÁS SAGRADA 51

HIMNO DEL RENUEVO 53
HIMNO AL PERDÓN 55
HIMNO GOZOSO 60
HIMNO LAMENTABLE 62
HIMNO LLANO 64
HIMNO A LA LIBERTAD 65
ESFUMACIÓN A DESTIEMPO 68
HIMNO A LA NOCHE 70
¡QUÉ REMOTA LA OTRA ORILLA! 72
EL DÍA DE HOY LAS DEJO 75

EL PORVENIR

Regada la ceniza al aire en sus maromas
La oscuridad recubre de palidez las cosas.

La viuda demacrada lleva en su bolso un frasco
Que contempla beberse cuando el dolor la colme.

Y el padre sin sus hijos en el cajón resguarda
La pistola que terca a descansar lo llama.

Mancha humana pudrirse en vida y conocerlo,
Que las nubes del cielo son el humo del horno
Constante incinerando los pedazos de anhelo.

Así deja sin habla empaparse de muerte.

Y justo en el momento del anunciado quiebre,
Cuando hierve la carne y fenece el aliento,
Cual don inesperado rompe la negra costra
La tierra consumiendo la luz de un nuevo brote.

Nutrida de la sangre la vida se abre paso,
Tenaz efluvio verde de los bosques quemados,
Y llanto primerizo de penas cultivado.

El mañana en la infamia prensada en cada frente
Coloca audaz su nido y nutre la esperanza.

EL PRIVILEGIO DE LOS MUERTOS

Distendidos los miembros se empapan de lágrimas,
Y embellecen coronas al ataúd perfumado,
Y aunque vele un sollozo constante el silencio que lucha por contenerse,
Aguarda paciente el que está por partir la despedida,
Adiós postrero que rosa tus labios y la quietud de la noche serena.

Cual cachorro lamiendo las negruzcas heridas de su madre,
Todavía gimiendo la frialdad de su pelambre empapada,
El amor se abraza del recuerdo en las palmas y en los ojos cerrados,
Y besa insistente los años de coraje y risa y cariño ocultado.

Pero algunos sólo se asen del recuerdo del rostro desdibujado por el tiempo,
Mientras que buscan al querido botado en fosas comunes,
Adivinando entre fragmentos de hueso al altivo niño consentido,
Y esperando al tenerlo en una urna poder decir en un aliento:
Que este adiós te acompañe adonde tu dolor no te alcance.

A cada pala el reencuentro se reza en voz baja,
Añorando despedir al ausente y recuperar un viso de calma,
El privilegio de los vivos al honrar a los que callan.

LA ESTIRPE DEL SOL

Son noches como esta que preludian el mañana,
Oscuridad sin estrellas donde silban las aves,
Y las trompetas aguzan sus gargantas.

Sueño de muerte, sueño de inquietud,
No son insensatos los que te temen,
Que de todos los que cubres con tu velo
algunos sólo siguen durmiendo,
Y terca la sombra se resiste a la calidez de la luz,
Acostumbrados los ojos a tantear su camino.

Y las lámparas que mantienen los comercios sólo
desnudan las correrías de sangre,
Sangre que sigue mandando a zarpadas de acero.

Sueño tinto, sueño de calma,
Seguro que engendras las últimas visiones del moribundo,
Mas también meces los rizos del niño pequeño sonriente,
Navegando los mares agitados de sus sueños.

Hermana de la muerte, noche refrescante,
¿Acaso el vigor de los hombres no lo nutre tu regazo?

¿Y el alimento del hijo no lo encuentra en tus brazos la madre?

Pero si tú preparas silenciosa la vida bullente,
El canto que triunfante no se deja morir.

Eso resguardas tranquila,
La estirpe del sol ansiosa por nacer.

CUAL ÁNGEL DIVINO EL VUELO REMONTANDO

Cual ángel divino el vuelo remontando,
Desplegando sutiles tus alas de brisa inquieta,
Cuenta lo que oteas de las alturas del cielo,
Penetrando con tus ojos de lechuza
Las densas columnas de humo negro.

"¿A qué decir suplicante lo que hiede a carne quemada?"

Dijo la musa flotando sobre una hilera de carros ennegrecidos.

"¿Y nombrar memoriosa regados los miembros en el asfalto?

¿No carcome el olor a la nariz de mugre y sangre coagulada?

¿No paraliza el grito de muerte que la chica lanzara?

¿No lo beben las presas espeso el terror,
Aún la que lejos tiembla con el anuncio?

Impúdica se alza la bestia en la plaza y en cada hogar,
Sin reparo ofreciendo billetes de olvido y ceguera.

Y aún así invocas lo que el sol ilumina en pleno esplendor."

¿Acaso la hija de la memoria olvidó a su madre,
Y el rumor de cada canto forjado en la miseria?

Poco enuncia mi boca sin humos nectarinos,
Mas quieres callar lo que nadie ha dicho,
Dejarse borrar las manchas en los huesos blanquecinos.

A la crudeza de los tiros y los filos manchados no la muestra la voz,
Calando opresiva en el vientre del deudo con tremendo dolor,
Pero dulce o amargo el recuerdo reclama el nombre y el rostro esfumados.

Repite memoriosa lo que saborean perdidos y buscadores,
Aunque escupan polvo de sus gargantas resecas.

Y próxima a la lengua estará el escozor de la mosca,
Pero también la memoria que entrañable hizo huella.

LOS CONOCERÁN POR SU SILENCIO

Los conocerán por su silencio y sus palabras, hasta que no escuchen del sueño la quietud envolviendo la mudez de los que callan.

¿Pues quién se halla en el torbellino, en la carencia de la nada, con una réplica de su voz, del apartado con la extrañeza?

En el piso de lo divino no se erigen los altares.

La ceniza de los dioses no se esparce cual navío flotando en las olas de viento.

La gota indecible no refresca los labios partidos.

La disipación de la inconsciencia, la inocencia que no padece, promete descarnando la serenidad de la apatía, al cuerpo insensible de todo despojado.

Qué burla ser cada grano de arena, cada mota de polvo flotando ligera, e ignorar las risas otrora entrañables montando los muros.

Qué descarrío ansiar el influjo ínfimo de cada pulsación, recorriendo los hilos vivientes sólo para perderte indiferente en el flujo de lo mismo, sin animarte a nombrar tu misma cara, animal exánime de mil rostros, ráfaga de aire rondando el abismo.

Cerca del borde la voz aún resuena, mirando fijamente el abismo que informe espera, a disipar los contornos que a la nebulosa figura sustentan, capaz de contestar y en su estrechez sentirse plena.

CUANDO ALTAVOCES CONVOCAN EFLUVIOS DE GENTE

Cuando altavoces convocan efluvios de gente, la pequeñez de lo propio se humilla.

La voz se asfixia abrumada, y la mano de tendones atravesada claudica bajo el peso de un miembro sutil, pero enorme en su ingesta de oyentes movidos por un golpeteo, un latido que inflama el cuerpo pegado con cuerpos, la boca sitiada de bocas, y el grito trenzado de acentos discordes.

Pobre solitario mirando alzarse a Leviatán de su estupor disperso, dejando a cada paso los dignos desechos del que fuera creyente, del que enterrara en frenéticas arengas a infieles y adversarios, y paciente esperara dejarse llevar en oleajes de carne y hueso.

A salvo en la altura de las jardineras, sube la marea y las velas pintadas a las calles se cuelan, llevando orgullosas la figura que las rige y las gobierna, y que los años replican con menos o más canas, con florituras destinadas a los navíos más soberbios, y piropos para las más humildes lanchas.

En la ciudad no se acierta más que al torrente que acalla toda réplica y gemido, y victorioso arranca la brizna de hierba colgando del filo, absorbiendo lo propio del ser que se humilla al caer al remolino.

UN VIAJERO EN EL DESIERTO

Un viajero en el desierto, aridez donde viene a morir la vida, y brota en gotillas el destilado que merma la sed, me tomó de la mano y paciente le seguí.

Caminando su voz lanzó al viento, y tras escucharla huyó en remolinos de arenilla para perderse en las dunas.

“No conoces al padre de los cielos, tuyo y mío.

¿Pero quién lo hace?

¿Quién estará seguro de hablar con lengua ajena, aunque el hijo en cada rasgo se parezca?

Nadie sabe lo que trama, si es que algo trama.

Nadie sabe sus misterios, si es que misterios retiene.

Y si el llamado de la madre se confundió con la de un padre, contento le queda al hijo al no saberse solo, aislado entre las ruinas que meramente acierta, y desvelado y en silencio rumiando en su cabeza.

Un brillo dorado rompe la noche oscura, y otros tonos y acentos pueblan lo visible, y lo llenan y se apilan y en la sombra se resbalan, para no verse más.

¿Quién conoce al que surca la nube?

Nadie, ni su aliento sangrante.

Mejor imita al que pudiendo hacerlo todo, a poco se decidió con tal de no perder lo atesorado.”

AMNÉSICO MUNDO

En noches como esta un grito perfora el incesante rumor de la ciudad, deteniendo un instante a la mano alistando las píldoras de dormir.

En rincones que no alcanza la luz y las sombras anidan, el filo derrama un hilo de sangre, cuya empuñadura llaman destino.

En cuartos apagados se cruzan palabras de amor, y en otros los puños vuelan y en el suelo en espasmos se agoniza.

En cama escuchando sones antiguos, se precipita a la mente el aullido de niño, y la congoja y el gozo se mezclan en un brebaje que anima las piernas.

En sótanos de ofuscación la oscuridad parece nunca termina, la alargan sus criaturas, en sus gestos la reproducen y a latidos no se la sobrevive.

En calles sin nombre la heredad de las tinieblas aterra al errabundo, y apresa al exiliado.

En los altares que animan la llama, inesperado cae del horizonte el rayo, y de nuevo despiertan los motores escupiendo humo.

Iluminada la urbe se adivina exudando frescor un amnésico mundo.

A LA LUNA

A Carlos

Oteo la luna escondido, caminando el sendero que sube a sus pies.

Apenas manchan plateados sus rayos el camino de tierra otrora trazado, limado por los ancestros a sabiendas del peso que furtivo tronaría sus cabezas.

Aun así, sus plantas sangrando, sus cabellos entrecanos, y sus cuerpos de penas emponzoñados, se arrastraron en espera del aguijón agudo que de un tajo atravesara carne y hueso.

Sintiendo del filo la mordedura, los recuerdo en su juventud vigorosos, los recuerdo en su olvido entusiastas, los recuerdo en la firmeza de sus manos y en sus propias palabras.

Y me invade espesa la nostalgia, de aquellos días que juraban tener delante, aquellos días esfumados por un llamada, un grito y un llanto lacerante.

Pues que el latido se detenga, la faz viva en convulsiones ennegrecida muera, y las aguas en su marcha recojan las cenizas, y que decaiga cada cosa vista u oída o sentida o amada no ahuyenta el dolor.

Lo consabido no arde menos, y lo esperado puntual no emerge.

Mas nocturna la cuesta aguarda, silente a que la trepen constantes los que han de cruzar el monte.

Mientras, alivio el cansancio en poemas que llevan sus nombres, y en canciones que antaño rozaron sus labios, consuelo del peregrino de espectros agobiado, esperanza de que otros entonen más jóvenes los cantos.

POEMAS DEL SOLITARIO

A Yesenin

I

El corazón es un yermo cuando el nombre sociedad
reclama la mente y sus manos, y avanza impaciente
transformación arroyando a suspicaces y conversos.

Temeroso rehuye el solitario los mandatos del pueblo,
hasta que llega de su interior al reflejo, exilio consumado
en la penumbra de un cuarto de papel y sangre repletos.

Levemente en el recuerdo se mantiene el poeta, en
sangrías constantes los cantos componiendo, del vocerío
de gentes distante, con cada pálida estrofa muriendo.

II

"Tu voz gravitonante antaño pacientes oyeron, meliflua
cual vino especiado, e igual de embriagante en sus ritmos
de vigor infectos.

Divino cantor y alado mensajero, en tu discurso el abismo
y el cielo habitaban al hombre cercano, y del Dios el tacto
de la joven no estaba lejos.

Entonces los coros piadoso dirigías, y el fuerte tu palabra
memoriosa pedía.

Entonces lo monótono sublimaban los cantos, y al
menesteroso y fatigado refrescaban.

Entonces en banquetes los señores brindaban al bardo,
ansiosos esperando en los romances ser nombrados,
señores de la plata y el fuego en el tiempo reverberando,
y en el centro con su lira se paraba el endiosado.

III

Mas las trompetas marciales y las marchas reales
escoltaban sobre la cresta al elegido, flotando en
columnas de gentes vitoreando el mañana encarnado,
destructor de los falsos ungidos y los rollos cuarteados,
luminaria viviente que antes sostuviera el cantor airoso.

No más airoso en su ignominia.

No más orgulloso cantando a un suspiro errante.

No más altivo brotando de su boca los nombres sagrados.

¿Pues, a qué lo sagrado en presencia de la historia en movimiento?

¿A qué lo bello en la encrucijada de lo nuevo?

Así anuncian las anónimas voces: A trabajar por el pueblo, mendigo de la palabra, por el líder a usarlas, por el presidente y el partido y sus funcionarios a gastarlas, que lemas sean las ninfas y las musas delicadas, y toda tu persona sea con cuerdas monetizada.

Y así amenaza el irreprochable cabezas pisando: Yo digo y tú repite las frases, yo dirijo y tú arengas al rebaño acarreado, y mando y tú canta el mandato con letras de oro, y abro el camino y tú te llenas la barriga.

IV

Entonces a remolinos de agua y arena se asemeja
irresistible el abanderado, en su órbita fieles
proclamándolo cual divinizado, en su órbita infieles
proscritos y a amenazas exiliados.

V

Tú, el fugitivo en el sótano escondido.

Tú, el supuesto predilecto recitando a las paredes
cascadas y a los tenues rayos de luz.

Escucha los vítores de otra victoria sangrienta, y
revuélvete en el suelo podrido de nostalgia, que el
rapsoda es apenas un cuento, y los de afuera no verán más
que de una soga balanceándose tu cuerpo, a menos que a
golpes tirando la puerta a agarrarte del cuello vengan, y
amigo mío cual rabioso perro te duerman".

LA DESILUSIÓN DE NOBLE

Burlonas carcajadas sobrevuelan el vocerío, se las escucha cerca, en la intimidad del pavor delirante.

Pero al apestado sorprenden las muecas escupiendo los pueblos pisados, y le asusta en un tímido grito su malestar encarnado.

Lo sintieron las manos estirando el cuello de su hija.

Lo respiraron en cenizas de metal y cabello, chamuscados por el fuego de mil bombas.

Y lo bebieron los buzos del estiércol y la bilis manando de los escombros.

La rota sonrisa punza el cuerpo sin vida, las piernas andantes en cuartos de penumbra, ebrias de locura hasta el colapso.

Riendo entre turbas, sobre gorras marrones y azules, se consume la levedad de los días.

Riendo en espasmos y contorsiones se sopesa el tiempo, que no promete ni se yergue alado cual destino.

La desilusión de noble ríe las llamas montando el aire, y tuerce sus secos labios muriendo entre pilas de cuerpos.

HIMNO FELINO

Me pasé toda la tarde
Viendo el andar de los gatos
Con abrigos azabaches,
Temperamentos holgados.

Sus maullidos se alternaban
Con una siesta continua,
Luengas patas saltarinas
En el buró del convento.

Graciosos animalitos,
Son apenas el reflejo
De tu severa demanda,
De la cual me fui muy lejos,
Refugiándome en celdillas
Retiradas del fermento,
El cual sufrir contrarío,
Pero brindar yo requiero,
Tomando sedoso olvido,
Trazando lánguido incienso,
Mirando calmos felinos
Y al consumado universo
En sus ojos contenido.

Han de morir y es cierto
El limitado camino
Que sus pulmones pequeños
Y corazones altivos
Transitarán a su tiempo,
Amarga edad del despido

Cuando aflora en el terreno
La cizaña junto al trigo.

Negligentes aposentos,
Evidencian mi descuido
Del poderoso veneno
Que produce los gemidos
Y cultiva los desiertos.

Adiós, gentiles gatitos,
Después de abrazarlos yertos
Regresaré del exilio
Y me uniré al cortejo
Que reúne los testigos
Del afán y el decaimiento.

Este canto les dirijo
Y también los venideros
Enlazados en el brío
De continuar perviviendo.

A UNA PAREJA DE RECIÉN CASADOS EN RUSIA

Taladraba en mis oídos la insulsa repetición, cuando en desmayos martirizaban la voz de la protesta.

En Zapopan escuché las vibraciones del palo romper la tenue calma, palo que usaron para molerte y violarte entre insultos y carcajadas, haciendo volar una bota o una amenaza.

Húmeda lágrima rozó la piel de la chica temblando a unos pasos, asqueada del fatal anuncio que temía dar a su madre, mientras gritabas que pararan por amor de Dios.

¿Y qué escupieron los verdugos?

¿Traidor y militante de occidente, saboteador armado de estrofas por bombas?

Desnudo frente a la cámara, apaleado por unos versos, te alardearon a tu prometida, para luego llevarte tras rejas a escondidas.

Mira, hogar de otros cantores compatriotas tuyos, a quienes mataron a golpes o se pudrieron contrabandeando lápiz y papel.

Humillado y aislado el asomo tiene faz de corrupción, y luego brota a borbotones el optimismo de tontos.

Mas adentro del bastión de tiranos, donde añejo reina el resquebrajo, la mujer prometida en brincos se entregó, y

en la pestilencia se escucharon promesas y alborozo, desbordando el regocijo la tumba de inocentes.

Echado escucho decir: pedazo de cielo en tormenta, loco brindando las columnas de humo en los campos, poeta cantando su amor exiliado.

CANTO DEL FUEGO DEVORADOR

Los caminantes lo vieron predicando en la montaña,
furioso en su convicción fulminadora de hombres.
A cada palabra la bruma de los ojos claudicaba, y la limpidez del camino la ceguera previa reprochaba.
A cada gesto, a cada lanzada, un malestar los expectantes corazones abrasaba.
De arriba, con su lengua afilada, el profeta maldecía el oprobio de los funcionarios.
Quienes, cual pierna gangrenada, mejor debieran sucumbir por la espada.
Lo pedía la furia sagrada, la voz de la figura retumbando en la tierra asolada.
Lo pedía el dolor y la justicia denegada, y el rumor chorreando de las bocas.
Y sin miramientos ni preguntas ignoradas, lo pedía el celo que a todos congregaba.
Se alzaron los puños e hirvió la rabia, y al bajar del ungido se pusieron a la zaga.
La congregación de reproches armada, caminó los despoblados y las ciudades.
Unos seguían su estela de llamas, otros sus dientes y sus tripas rechinaban.
Una sola voz a los creyentes convocaba, llenos de fervor y ahora cubiertos de malla.
Solo una voluntad de acero bañada, dirigió a sus gentes a las glorietas y palacios.
Un único corte que ira y amargura exudaba, levantó el coraje que inquieto dormitaba.
Un retumbar que lejos se escuchaba, un vocerío de nombres predicados y lanzas.

De vítores se coronó de los ejércitos la marcha, y no tardó en teñir de rojo las flores.
Al son de los alaridos muchos en vano rogaban, que el mandato a muchos por el filo pasaba.
La mano a miles de millones condenaba, hasta que en ruinas y escombros la lucha se consumara.
Y se consumó y se apagaron las flamas, y el ardor los rollos en sus pliegues contenían.
La historia de un divino varón que se inmolara, y junto a él todo lo que el sol rondara.
Pues hasta el mismo sol lo reflejaba, horno de cólera que al universo sacrificara.

CANTO DEL ABANDONO

Abismal agujero, silencio descarnado, con sordos gestos invoco al otrora espeluznante rugir del firmamento, ya fragor domesticado.

Los destellos de los golpes, llamaradas de bermejo, de a poco emponzoñan los blancos nubarrones, centinelas de lo eterno.

Mas las puntas no mellan la máscara de acero, que antiquísima oculta cualquier humano gesto.

Sea así que en lo bajo, fuera de casa en las rutas, irrumpen conocidos acentos con piedras por botas, tronando con saña los huesos.

Ahí está, ve al hambriento devorando sus costras, oye la voz que no extraña extirpando de los ojos el aliento, siente cómo la sangre mana, y prueba el terror del que ora y espera de la ausente la llegada.

Ahí está, y aun así rebotan de las paredes los reclamos, que martillan y violentos arrancan la audacia de confiar del pecho.

Ahí está, en la fogata consumido el mañana, pero en nada ofende el humo al cielo, ni la soledad de la tierra callada.

CANTO DEL OLVIDO

El sabor a eternidad de los días cambiantes
Cautivó la languidez en las manos,
Que la mañana en las voces familiares
Descendía y amable las rozaba.

Las cuerdas anunciando delicadas el retorno
Resonarían afables en los mismos umbrales,
Lo decían confiadas las gentes en su gozo,
Y entonces con paciencia esperaba y esperaba.

Los licores de inauditos retoños
Brotaban embriagando los pesares.
Solo los locos en lo cruces pregonaban,
Con los alados plomos animando los embates.

Campanarios despedían a los muertos,
Y regresaba la congoja de cada velorio,
El fogoso dolor ardía en los pechos,
Y aun atendía gastado en el reposo.

La mirada que anidaba en el espejo,
Surcada de pesadillas y recuerdos lacerados,
Delataba la venganza del tiempo,
Mas cuando canta el olvido yo silente descanso.

EL JOVEN PADRE

Encorvado se acercó al altar un joven padre.

Sus ojos fijos en la cruz, recorriendo los clavos y el costado sanguinolento, saboreando la sangre manada de Jesús, y aquella que cubría su propia frente y sus manos y sus cabellos ondulados en una pasta espesa de polvo y silvestres fresas.

Gruñó y el templo vacío le devolvió su furia desde cada esquina.

Gruñó y se sangró las palmas con sus uñas, manoplas blancas de músculos y articulaciones.

Gruñó y se mascó los dientes y la lengua y luego tragó un metálico brebaje.

Gruñó y escupió al suelo, y luego escupió imprecaciones al colgado nazareno.

“Bestia que se place de vernos arrastrarnos por lo bajo, de comer cieno por un tanto para luego suplicarle de lágrimas embargados, en leves plegarias, en discretas oraciones y salmos por la suerte de los que carecieron de ella, por el porvenir de criaturas que no tuvieron uno en esta tierra, por la salvaguarda de sonrisas pequeñas en los escombros enterradas.

¡Quién fuera tú vejado!

¡Quién fuera tú golpeado!

¡Quién fuera tú latigueado!

¡Quién fuera tú por míseras monedas traicionado!

¡Quién fuera tú el madero por los caminos cargando!

¡Quién fuera tú frente a María crucificado!

¡Quién fuera tú frente a Magdalena desangrado!

¡Quién fuera tú muriendo en espasmos y tu sangre sentir fluyendo!

¡Yo quisiera tu privilegio, morir viendo el rostro de mi familia y mis amados!

¡Así moriría yo y sólo yo, cubierto de mi muerte y de su aroma apestado!

¡Así no estaría manchado de la sangre de mi niña, ni hubiera rosado mi frente su último aliento!

¡Así ella viviría, y yo feliz estaría muerto!

¡Pero no, y has de estar contento que me arrastre hasta aquí con las manos descarnadas de haberla desenterrado toda la madrugada, con los brazos quemados por las esquirlas candentes del fuego que se esparcía en cada lado, por su carita de sudor y sangre y dolor perlada, y por sus palabras que detuvieron mi respiración cuando la tenía en brazos cargada!

-Estoy bien papá, no te preocupes-

¡Después no volvió a respirar y yo a duras penas pude volver a hacerlo, pues no quería andar un paso sin que antes Zeus me turbara con su trueno, tal vez así se mostraría más misericordioso que tú en tu celestial reino!

¡Pero heme aquí perforándome la garganta!

¡Heme aquí preparando el camino para las viudas que vendrán detrás mío, para los huérfanos y hasta para los errantes caninos!

¡Heme aquí frente al altar mientras anónimas bombas caen en escuelas y en hospitales y en mezquitas y en sinagogas y en iglesias!

¡Heme aquí escuchando el picoteo de las balas volando y aterrizando en las fachadas!

¡Heme aquí envenenándome de odio y resentimiento y repugnancia!

Aquí, arrodillado en la áspera piedra, reclamando el diluvio de proyectiles que nos cayó cuando dormíamos, que nos lanzó una valquiria encapuchada y sin bandera, que los dragones de rígidas escamas arrojaron desde el aire al techo de nuestra casa.

Ya no más nuestra casa, ahí donde un cráter redujo tantas vidas a la nada.

Ya no más nada.”

Su hilo de voz se fue con el incienso, cayó en la bruma de los cirios y sus negros lamentos.

En la cruz el de espinas coronado una mueca de dolor vestía, su vista cegada en contracciones por la agonía.

Era su semblante un espejo de la desdicha.

LA CALIDEZ DEL CARIÑO

El patriarca venerable ensució su cama,
La sábanas blancas se tiñeron de mostaza
Y hasta los pliegues del colchón gotearon.
La calidez del excremento fue templado

Por la ventisca entrando por la ventana,
Enfriando la desagradable manteca,
Y al señor ruboroso incomodando.
Con camisón arruinado y tiritando,

Lanzó un quedo llamado en la noche,
Respondido por unos ligeros pasos
Y una voz el infecto umbral cruzando.
Una muchacha portaba una vela

Que iluminaba sus amables gestos,
Y tras ella un retrato de una dama,
Límpida en su orgullo de ilustre noble.
La joven no se ocupó del fantasma,

Sino de su pálida mitad en carne y hueso.
“Papá, no tienes por qué reprocharte,
La necesidad imperiosa no tiene remedio,
Aunque por tus papeles sí lo lamento,

Que tenías contigo al conciliar el sueño.
Pero estate tranquilo y sereno,
Que aquí complacida te atiendo,
Pues un don de gracia no es una carga,

Y aún menos con los que nos debemos,
Aquellos que florecer nos vieron
Sin atender a utilidad o provecho.
Poco es corresponder tus afectos,

Tus apapachos y antiguos desvelos,
Con faenas tan insignificantes,
O seguidillas de nimiedades,
Que no arquean un solo ceño,

Ni en el pensamiento anidan
La idea de un penoso embarazo,
O de la hija fiel que sirve a su amo,
Y acata en lazo filial cada ordenamiento.

Es cierto que mi espíritu por ti vive,
Como tú antaño lo hiciste conmigo,
Y con mamá en la antesala de su partida,
En momentos frescos como estos,

Cuando mirábamos el estrellado cielo,
Con las persianas de par en par abiertas,
Y la pálida luna entera refulgiendo,
Enmarcando los afiebrados ataques

De la mujer que mantenías con esfuerzo,
Con amor y lágrimas y esperanza,
Además de la niña que tenías en brazos,
Y a la que no dejaste en tu desasosiego.

¿Y es que, cómo recelar el inconveniente,
Cuando acallabas los gritos con un cuento,
Y de mano de una animosa palabra

Conjurabas el queridísimo rostro materno?

¿Qué es esto en comparación con aquello?
Una ocasión de abrigarte con mis manos,
De demostrar que ahora cuidarte yo puedo,
Y de recordarte en actos cuánto te amo.”

DOS GOTAS REGADAS

Dos gotas regadas en la piel sedosa
Brotan cual pájaros vestidos de rosa,

Vertidos en efluvios de cornucopias,
Antaño rebalsando los vinos las copas,

Cristal reflejando el lúcido aroma,
Navío arrojando el botín por la borda.

Fuente abundante gozosa manando
¿Sientes tus aguas fluir con trabajo?

¿Padece tu vientre espinas y dardos
Leyendo en el muerto el total desamparo?

Despides de ojos y lengua arrebatos.
¿Y qué rezumará el cáliz exhausto?

Los años sigilosos traban tu marcha,
Ajando con polvo el blancor de tus plantas,

Esfumando las sendas más que ensayadas,
Marchitando el rubor de la mano cargada.

Se escucha, verde vino, el crepitar de las lanzas.
Se embebe de escozor el fragor que te aclama.

LA ORFANDAD DE LA VIDA

Nuestros cirios se reunieron suplicantes
En un torrente de mil luces
Al llamado de las campanas tonantes
Y azarosas rezaron las llamas
A una sola voz inquieta de coro
El dolor que acongoja al alma
Que en el llanto paraliza el pecho
Y hurta el rubor del sol en ascenso

Afuera del templo se puebla la noche
De un murmullo de voces quebradas
Reclamando para sí un consuelo
Que dé causa al suplicio terreno

"Hermanos de luto cantamos unidos
Un lamento de temor tendido
Y levantando las manos al cielo
Atisbamos los contornos queridos

Mas ¿por qué a esta hora lluviosa
Cuando solíamos contar el caer de las gotas
Y lo imposible de la tarea nos dejaba dormidos
Hemos de hacer memoria de lo huido
Sujetando con fuerza las postreras palabras
Que apenas al mediodía oímos?

¿Por qué esta vida parece separar lo que unió el destino
Haciéndonos añorar otro intento tras hundirnos en el abismo?"

“¿Y si quitáramos el velo y no hubiera lugar prometido
Cómo habré de rasgar unas vestiduras que ya no tengo
Caminando como lo hago sin vestido?

Los que antes me miraban ya sólo me ven en cueros
Jirones de piel que mis uñas maceraron
Tras el testimonio final de mis niños

Se dice que la Llorona clama por su hijos
Espíritu de culpa que ronda por las calles
Pero alguien más asesinó a los míos
¿Y qué he de hacer yo que no tuve mancha?

En el silencio que aguarda respuesta
No se escuchan más que mis bramidos

¿Dónde están mis hijitos?
Devuélvanlos al seno de su casa
Con su gritos traviesos de chiquillos
Y la inocencia plasmada en sus caras”

Resonaron en la inmensidad las lamentaciones
Tañidas en gargantas antes desconocidas
Mas en la desventura hermanadas y bienvenidas
Gracia forjada de las cuitas compartidas
Que reúne a los sufridos a las puertas del mañana
Y ofusca el miedo que otrora los asolaba

Así terminó la elegía de la flama extinguida
Pero de nueva cuenta con lágrimas encendida
E hilada en canciones de vitalidad reconquistada

LA EFUSIÓN DE LA PARTIDA

Transitan en la carretera helada
Furgonetas blancas, camiones de carga,
Remolques de pintura resquebrajada,
Y unos miles de rostros fatigados

Del filo acerado de las heladas
Y los nubarrones que las acompañan.
¿Qué más da hermanar a los transeúntes
En el tortuoso camino a Chicago,

Ciudad de torres de Babel azuladas,
Y de doradas botellas de champaña,
Y de fiestas a San Valentín Sangriento?
Para avivar en el canto la llama

Con la que podamos calentar un poco
La efusión que hasta aquí nos trajo.
Pero mentiría si no confesara
Cómo extraño a mi Guadalajara.

Donde el invierno solo es invierno
Para los que caminan sus empedrados,
Más aquí no pasaría de un fresco
Día de otoño, y tal vez ni eso.

NOCHES FEBRILES

Noches febriles infectan la mente,
Son las iluminaciones emanadas
De una catástrofe anunciada,
Cultivada revelación latente

Que pronunciaran vetustos labios
En las entrañas del desierto,
Cada que el espíritu los llamara
A caminar y penar a su lado

Y a dolerse del presentimiento
De una estrella en el mundo cayendo,
Los gritos sonoros humeando
Y vellos y cueros derritiendo.

Innoble mezcla de huesos,
Músculos, cartílagos y desechos,
Todos licuados en una pasta,
Machacados hasta la indiferencia,

Y relegados a la ignominia
De una espera sempiterna,
Que no habrá de verse terminada
Pues los ojos en la pila descansan.

Sólo en sueños y delirios,
En místicos arrebatos
Y apretujados asilos,
El temor del Dios se adivina

Ante el destino de su simiente,
Y sépase que el temblor divino
En su estertor nunca miente.
¿De engañarse cómo habría

La que ve fracturadas la vías
En el paso de la vagoneta?
Alelado el vidente
Da de voces en el mercado,

Señala encubiertos los mantos,
Las gorras oscureciendo las frentes,
Las carriolas y sus residentes,
Y los huecos rojos y blancos.

Mas las turbas oídos no prestan,
O si lo hacen luego en las calles
Ellos mismos de lo alto deprecan,
Y se cansan y su camino reanudan.

Los visionarios de un vacío mañana,
Fatigados de su griterío vano,
Se sientan bajo el boscoso resguardo
Que sostienen las amarillas banquetas.

Desde una cantina se apiada el poeta,
De los dioses cada tanto endemoniado,
Y en cuyo estado compone futuras penas.
Como esos voceros ha conocido cientos,

Y miles son sus irreversibles portentos,
Que se colocan uno sobre otro,
En un apocalíptico movimiento.

¿Qué más da un mensaje de lo eterno,

Si el mundo desde su nacimiento
Ha dibujado su propio decaimiento?
El vate se alegra de la joven
Con noticias de perro viejo,

Pues a su alrededor observa
Sartas de andantes calamidades,
Cada una abriendo paso a la otra
Hasta el final que la niña desvela.

¿Entonces, horizonte limitado?
¿Injuriosa esperanza de Albas
Que inexistentes no llegan?
Viciada lectura del canto

Que vivaz los pechos impregna,
Aún los de la estrella
Que se arrima a la decadencia,
Pues se place de haber brillado

En los crepúsculos poblados.
Así el cantor toma de su cerveza,
Afligiéndose del malo, del bueno
Placiéndose, y bebiendo de la Belleza.

LA BESTIA

Resuena en la inmensidad el aullido de la bestia
Que ilumina de discursos la intoxicación burda,
La ingeniosa burla del extraviado poeta,
Del abyecto, del solitario, de la voz hambrienta.

Sus labios marchitados, sus nudillos magullados,
Deambulan en las calles bajo el cielo sin luna,
Sólo lo siguen los susurros del holgado viento,
Bajo una lámpara estrellada que no alumbra.

Fugitivo, aunque ningún sabueso le persiga,
Condenado, aunque las campanas no le despidan.
Nadie se encuentra con él, Nadie le tiende la mano,
Nadie escucha sus penas de tequila en verso,

Nadie canta su odisea exhaustiva por el fango.
Sólo el tímido aliento le impulsa adelante,
Hacia el horizonte donde la Aurora renace
Hacia la Flor y el Canto que habrán de salvarle.

TAL VEZ LO RECUPERE EN TUS BRAZOS

Poesía, que cuitado a ti me allego
Cuando mirar a la Beldad no basta
En los seguros lares del recuerdo,
Acércame a la calidez del pecho

Que envuelve a los menesterosos.
Amiga, yo me encuentro entre ellos,
Entre aquellos que palpan el aire
Tratando de deshacerse del fardo

Que los asfixia y los aniquila.
Es la tristeza la que paraliza
El de por sí lento andar taciturno
Del que a ningún alcohol lo consuela,

Y ninguna confesión lo conmueve.
Hermana, esta madrugada arrebata
Al corazón el influjo de valor
Necesario para seguir penando.

Tal vez lo recupere en tus brazos,
La única morada donde puedo,
En largas bocanadas de aliento,
Recitar la soledad que detento.

POSAN EN LOS CABLES DE LUZ

Posan en los cables de luz
Las arpías americanas,
Hasta que se funde el sol,
Y los míseros empleados

De empresas de paquetería
Regresan a sus casas, fatigados.
Solo para ser perforados
Por las garras de las bestias aladas

Y ser llevados a sus madrigueras,
Las azoteas de los rascacielos
Que pululan las ciudades "modernas".
Centinelas de temple imperturbable

Que en los monumentos de acero,
Lejos de las bóvedas enterradas,
Resguardan las tumbas reales
De las míseras almas extraviadas.

Mas, la sombra sufre las guardas
Que el horizonte sobrevuelan,
En su esfuerzo por ver la Estrella
Que inspira, quieta, la Palabra.

LOS AIRES DE LIBERTAD

Los aires de libertad se escuchan lejanos,
Son los cantos silvestres de los alados bardos.

Las campanas reciben los calurosos rayos,
A la luz inefable que cae sobre el vago,
Y los amantes, y los sueños desperdigados
Sobre una cama de asfalto, aceite y fango.

Alumbra injustos y bondadosos el gran astro,
Los cobija del frío, o los deja insolados,
Es el abrigo materno, o ardor despiadado.

Colapsan en las calles los Indiferenciados,
Lucen cicatrices sus pechos, su piel, sus labios,
Surcos de los furores ofuscados y hastiados,
Del vivo temblor que encarniza al solitario.

Dondequiera deambula el Anonimato,
Ese ente sin nombre, sin palabra, sin rasgos,
Solo lo conserva su aullido desgarrado,
Solo así acalla sus añoranzas del Canto.

NO HAY COSA MÁS SAGRADA

No pensar en nada y respirarlo todo
En la inquietud de los confusos vaivenes
Que dominan la exhalación del mundo.
Qué dicha es abandonar el retiro
Y unirse a los amigos amados

Cada vez que nos persuaden
A vivir por vez primera,
A desbordar exaltados,
A ofrecer la fragancia
De las calles empapadas

En una copa de vino,
O en un tarro de cerveza,
A disfrutar de los frutos
Que da la naturaleza.
Exaltación luminosa,

No hay cosa más sagrada
Que darnos en cuerpo y alma
A los buenos camaradas,
A la mujer que nos ama,
Al júbilo del poema

Que, en cielos estrellados
Y polvorientos senderos,

De Cantar no se abstiene
En cada estrofa dorada
Y en cada verso alado.

HIMNO DEL RENUEVO

Cubre el velo oscuro la lucha diaria,
El manto somnoliento de la noche,
Y anida la desazón en los pechos
Padeciendo los terrores de la nada.

Debajo de los mantos espesos,
Sudando las estrechas amarras,
Agobiado lucha el prisionero
La ausencia del hilo que trenzaran

Las señoras que en dulce embeleso
Bebían de las musas las palabras.
¿Cuál palidez de cuál terreno
Surcarán afables las aguas?

¿Cuándo claudicarán los desiertos
La aridez que victoriosos ganaran
Al optar humillados los eternos
Por la atroz y deprimente retirada?

Sigue constante la luz a la sombras,
Mas permanece impávido el vacío
Que aletarga el paso de la luna
E hincha el agobio que escupe su cara.

Espíritus engangrenados, enfermos,
Parece anidan en las entrañas,
Y proyectan pálida en el espejo
La figura que estúpida se desgaja.

Familiares estos y otros lamentos
Rezuman de lenguas cansadas,
Como si ruines se estuvieran riendo
Del añoro que en cantos fabricaran.

Los gritos convocan al cielo,
A los ángeles con ardientes espadas
¿Mas cuál profeta de confianza cubierto
A estas calles su viva voz obsequiara?

Pausada responde la tierra,
Desfigurando paciente los destinos,
Sin hálito que tenue cubriera
Las heridas de su cuerpo podrido.

Los desechos y lo informe reinan,
Cautivador chillido que tentara
Si tan solo mis voces no se unieran
A todo pulmón en trenzas doradas.

HIMNO AL PERDÓN

I

Cuántos lamentos escucho

Cuántas voces indignadas
Reconvienen al orgullo
De matadores sin capa

Cuántos semblantes turbados
Bisbisean maldiciones
Mientras andan cabizbajos
Padeciendo sus tremores
A la brisas suplicando
El cese de los azotes

Mas lo libros no guarecen
Las rápidas oraciones
Ni las gotas que descienden
Y empapan brunos mechones

En el suelo descartados
Por la angustia carcomida
Yacen cruces y rosarios
Y desgastadas albricias

II

"Vanidad de vanidades
Esta contienda vacía
Donde junto a criminales
Mendigamos una vida

Nos partimos los dorsales
Abonando a nuestra ruina

Lo construido en un momento
Cual pétalos se disipa
Arrastrados por el viento
Arrancados de su dicha

Cuánto ansío protegerlos
De las dagas enemigas
A los hijos de mi seno
Mas inmóvil no podría
Levantar un solo dedo
De esta carne raída

Solo dar de voces puedo
Y encender en una hoguera
Un inextinguible fuego
De rabia por la miseria
Por el fétido veneno
Que da luz a la violencia

No censuren moralistas
El zumo de la venganza
Que con gusto probaría
Mi familia condenada"

III

"Trago amargo de ambrosía
Buscan con tremenda saña
Las víctimas que solían
Desesperar de sus llagas

Nuestros panes de ceniza
Alimento de migajas
A malas penas animan
Los mortales que se afanan

No obstante son viandas dignas
De las uñas que trabajan
La tierra que las abriga
Pues es su única casa

Y si pisan sus mejillas
Tornando negras a ambas
No por eso pensarían
Ser mejor el que pisaba

No solo ustedes sufrían
Lo desvelan estas palmas
Crudas pruebas de sangría
Que los filos colocaran
Y el llamear de las vistas
Cuando lentas se esfumaban

Mas ello no ampararía
Las intransigentes flamas
Que recluta la justicia
De las más horrendas dama
Para oír cómo rechina
La presa justificada
Cómo a los golpes suplica
De las heridas pasadas
Cómo untado en gasolina
Sus labios piedad reclaman

Y de cómo en su celdilla
Se consumen sus entrañas

Implacable ley sostiene
En balanzas la ceguera
Afilando los deberes
Donde siervos se sustentan”

IV

Perfora el aire un grito

“Un golpe por golpe dado”

Y se lanzan unos niños
A moler al sentenciado

“Es culpable el asesino”

“Son propicios unos palos
Para que expíe el delito”

“La furia del ultrajado
Que padezca el malnacido”

Pronto decenas bramaron
Acallando los gemidos
Del varón agazapado
Muriendo con cada tino

V

Al fin estuvo callado
Nada más que los vestigios
La escueta plaza ocupando

A excepción de un crucifijo
Por una mujer dejado
Madre de vientre afligido
Un ramillete regando
Al matador de su hijo
En silencio perdonado

HIMNO GOZOSO

Aquellos días ingratos
De ojos descolocados
Y corajes reprimidos
Hacen surgir sus contrarios
En las risas asfixiantes
Y en los gozosos alaridos.

Mejor reír que entregarse
A la conmoción del llanto
Y beber en unos tragos
La acidez del desamparo.

¡Que sonrían los amargos,
Lo buenos samaritanos
Desfalcados por los vagos
Que habían alimentado!

¿Y qué hay del activista,
Defensor de leviatanes,
Cuyo brazo fue hurtado
Y en una pasta mascado
Por uno de sus amados?

Poco sirve lamentarse,
En su muñón detenerse,
Con afán de liberarse
De su cuerpo careciente.

Pídele el cáliz a Horacio,
Entra en la bruma del trigo,

Toma el vino de la uva,
Escucha el son de sus odas
Y quédate adormecido.

Pues vida es paradoja
Para los pequeños niños
Violados en un remolque
Por un tonto payasito.

¿Y qué me dicen del joven
Entusiasmado en un antro
Quien luego fuera encontrado
En los baños vomitado?

Cierto, no rebasaría
Al general macedonio,
Faraón sobre la tierra,
Rey del orbe conocido,
Divinidad hecha hombre,
Por una fiebre vencido.

Esta lista no da tregua
Y la tristeza me acecha,
Así que queda concluido
Este desgarrador himno.

HIMNO LAMENTABLE

Poeta de los lamentos,
Testigo de la congoja,
Forjas cantos deprimido
Por los hilos de tus versos

Que entrelazan los soplidos
De la garganta morada,
Viejo fuelle mortecino
Dilatado en la alborada.

Seca tus penas y anda
Que parar no te es dado
Para evitar la sangría.
No tendrás que ser Aquiles

O Escipión el Africano
A las puertas de Cartago
O un pobre diablo enlistado
Que no volverá a casa,

Ni siquiera un carpintero
O el panadero del pueblo
O un estimado taquero.
A ti te tocó ser vate

Y acompañar las hazañas
De la reina más excelsa,
Soberana de Palmira,
Y del lacayo más bajo,

Criado simple de Palacio.

Transitar las autopistas
Asfaltadas de obsidiana,
Pisar senderos de tierra

Envueltos en polvaredas,
Lidiar con el vuelo diario
De los picantes balazos,
Y gozar los festivales

Junto con los celebrantes.
Esto te está reservado
Por la antigua poesía,
Testimoniar el cadalso

Y la venida del parto.
Y en tus febriles andanzas
Fundar en suelos movibles
Los humildes rudimentos

De una existencia posible.
Puede ser labor ingrata
Pero cada quien soporta
Lo que el Sino le depara.

HIMNO LLANO

Los poemas escritos en noches como esta,
Madrugadas solitarias en cuartos de penumbra,
Trazan el camino del loco, su carrito y su furia,
Y del idiota golpeador de niños en fuga.

Chispas violentas en ciudades casi desiertas,
A excepción de los vigilantes de fincas ajenas,
Y los vagabundos tumbados o andando en aceras,
Y los policías merodeando en camionetas negras,

Y los borrachos bebiendo sus gracias y penas
Hasta que cierra la cantina y torean las cadenas,
Y los malandros con fusiles y rotas botellas
Tirándole a las viejas fachadas de las viviendas,

Despertando a los fantasmas que corrieron a la frontera
Y luego se ahogaron y flotaron hasta el otro lado,
Arribando al anhelado territorio americano.
Son murmullos como estos que hilan un canto

Y remedian la pus y la sangre vertidas
Con la lluvia caída del cielo en un charco,
Colosal abismo que limpia las heridas
Que pueblan al pestilente y agrietado asfalto.

HIMNO A LA LIBERTAD

Viendo las ondas marinas
En la playa recostado
Raro pensar no sería
Los flujos evidenciando
Una total armonía

Remolinos de potencia
Acarrean en su seno
Campos vastos de materia
Regulares como el cielo

Mar de estrellas luminosas
En perpetuo movimiento
Que intercala su arrebato
Con un murmullo sereno
En su marcha retomado
Por las inquietas corrientes
Y la espuma de las olas
Perlas de aires perennes

Océano majestuoso
A todas luces viviente
Respiras en mi presencia
Y en cada costa te sienten

Tremor de volcán fogoso
Temblor de oscuras tormentas

Voces de aromas salados
Que a los cabellos impregnan

Llevando al templo tallado
Las fragancias costaneras

Titán azul y verdoso
Deidad de la recurrencia
Tus tentáculos acuosos
A una voz se repliegan
Y se expanden copiosos
Siempre en la misma manera

Acometidas y embates
Arrojas de cayo en cayo
Sin que persona detenga
Tu ímpetu regulado

Ejemplar de ley terrena
Inmutable en tus dictados
Imparable en tus cadenas

¿Qué ha de hacer el naufragio
Oscilando en tu querencia
Como se encuentra atrapado
En un destino que apresa?

Los mortales en sus baños
Así lo miran de afuera

¿Pero así viven tus hijas
Creaturas de viveza
Sus orgánicos vaivenes
Recorriendo tus cavernas
Y pastizales en ciernes?

Tiburones y ballenas
Cangrejos y mantarrayas
Te salmean y te retan
Obedecen tus mandatos
Y más tarde se rebelan
Nadando a contracorriente
Do su voluntad los lleve

Son los suyos tus extremos
Pero libres los deseas
De trazar abismos nuevos
E iluminar sus paredes

Entonces te desenrollas
Por ello te desenvuelves
Dilatando sus futuros
Abrigando pingües bienes
Prendidos por propia mano
En aras de sus placeres

Así aumentas su reino
Distendida Magna Fuente
Desde normas ordenando
Sus caminares silvestres
Desde agonizantes partos
La creación socorriendo
De corazones y mentes

Gran hilo de causa y efecto
Madre de crías hambrientas
Amamántalas con leche
Y miel de auras postreras

ESFUMACIÓN A DESTIEMPO

Me conmoviste en invierno,
No en las edades del hielo
De las nevadas estepas
Que los franceses cruzaron

En sus batallas de imperio.
Sino en un escalofrío
Que tus palabras causaron
En la ausencia del sentido

Que dominaba los actos.
Atolondrado supuse
Que los vientos alternados
Remitirían tus gestos

A las puertas del denuedo,
Y sonar frecuente harías
Tus anhelos de presencia,
Hermanados con los míos,

En una sutil esencia,
Mirra de reyes judíos
E incienso de agrestes aves,
Perfumes de deliciosos

Y magníficos manjares.
Mas, andando fui perdido
Por las duras marejadas
De un país desconocido

Que yo creí habitaba.
Tantas máscaras y velos,
Tantas caras extrañadas,
Y un solo lucimiento

De la joven coronada.
Última voz del trayecto,
Grácil puñal de obsidiana,
Fuiste estrella de deseo

Hasta que fugaz bajada
Te vetó del firmamento,
Constelación apagada.
Mas yo sigo recorriendo

La oscuridad sin lumbrera,
En aras de hallar tu espectro
Reclamándose en la acera,
Su esfumación a destiempo.

HIMNO A LA NOCHE

Negra noche, la claridad en tus brazos me dejó,
Don de rastrojos hundidos por el brioso licor.

Te saludo oscuridad, pidiendo detengas las arcadas,
Estupor de exhalaciones infectas, malsanas.

Que el exceso con sus gotas me intoxicó,
Derramado cristal, mudando la lengua con su dulzor.

Dulce perdición, los cielos abiertos nos juntaron,
Y la quietud en su ronda me topó abandonado.

Abandonado a mi suerte, a los vaivenes,
A los latidos fallecientes que clamaban,

"Muere, muere, muere mil muertes en un instante,
Martirízate con clavos tus entrañas
Hasta que escupas "Miserere mei" suplicante"

Y me sentí morir en los labios del joven
Que pierde con sus cantos y la ruinosa hambre,
Que drena el zumo de las frutas y el color de los brotes,

Que te llena y te estira y luego te revienta
Hasta que no sabes quién eres ni quién te sustenta.

Regado en el suelo tembloroso,
Adioses repitiendo en rumores sordos,

Exiliado el calor de los días,

Los flacos miembros apenas me sostenían.

Mas tonante silencio, agonizante me envolvió,
Llamado de la noche, del vacío la voz,

Que lenta bajando esparcía
Sus aguas pestilentes de vida.

En lo oscuro bebí y en lo oscuro recupero
Tonos rosados de quien aún espera, que muerto

Saboreé las cuerdas en su danza vibrante.
¿Así quién sumiría la hoja cortante?

Te respiro y salta mi carne nerviosa.
¿Qué sería de mi si tus faros te mostraran, gloriosa?

¡QUÉ REMOTA LA OTRA ORILLA!

¡Qué remota la otra orilla!

¡Qué distante se tornó el sueño
De decenas de bigotudos con sombrero
Al descubrir el cielo despejado
Los cuerpos de pólvora apestados!

¡Qué frescas las aguas de las fuentes
Que vida exudan en cada gota
Y que la costra de sangre limpiaron
Del combatiente con cara de niño!

¡Qué límpidos los licores que embriagaron
Las voces temerosas y aprensivas
Que enmudecieron el grito de misericordia
En entumecidas gargantas ahogado!

¡Qué lejos se escuchan las proclamas
Que a veces escupían "Independencia"
Y otras veces en el silencio se retiraban
Inhalando el humo del suelo que se quema!

¡Qué serena la virgen alzada
Sobre las frentes de polvo cubiertas
Reluciendo en vítores entusiastas
La imagen que a cañonazos se agrieta!

¡Qué estertor de "Mueras" y "Vivas"
Que retumban en concurridas explanadas
Mientras otros alientos se acallan y expiran

Mientras salen chispas de anónimas granadas!

¡Qué mala cara del filósofo indigenista
Que reprocha el tocar de las bandas
El pan de elote y los tragos de tequila
Pues “mejor conmemorar la promesa
Que celebrar la antiquísima carga”!

¡Qué buena cara del cantor que olvida
En su mano con un vaso de cerveza
Su zapato que aprieta y su cama vacía
Para cantar de reyes sin trono ni reina!

¡Qué repetitivos los tiros bicentenarios
Que inauguraron una nueva era
Y siguen dando serenata en nuestros barrios
Salpicando a cántaros jarabe de uva negra!

¡Qué mofa para aquellos que murieron
Y para los que están por morir mañana
Cuando del púlpito se rían del recuerdo
De las crías que no volvieron a casa!

¡Qué bendición que los curas e insurgentes
Por los gases de cañones traspasados
Firmaron con sus pavores y esperanzas
Los caminos que transita la madre empapada
Mojada por las lágrimas de los que esperan
Y son aliviados por el rumor de la belleza en sus cantos!

¡Qué cercano se siente el gozo de la fiesta
Y las gracias que ungirán nuestras bocas
Y que hasta caerán en los regazos

De los que sus actos conocieran
Con sonrisas de plena confianza!

¡Qué dulce es dar gracias
Sin rencores que amarguen la lengua!

¡Así que gracias por el ronroneo de la lluvia
Por el aroma que impregna el viento
Y por el néctar postrero que el corazón aguarda
Reconfortado por el calor de un único fuego!

EL DÍA DE HOY LAS DEJO

El día de hoy las dejo
Añejas calles de piedra

El día de hoy me alejo
Y entro a otras praderas
A otras selvas y bosques
Quemadas por el asfalto
Pantanos de cloro y bestias
Donde nadan los humanos

Es el sol naciente eterno
Este tedio lo descubre
Esta meditada espera
Filtra en mi cama sus luces
Y yo pienso en el mañana
Que verá mis pasos luengos
Pisar los trémulos prados
Del ocaso que presiento

Mas no mellan mis fragores
La poblada y ardua tierra
Solo queda en mis visiones
La prolija carretera

Y si entonces me pregunto
¿El crepúsculo cual guarda
Sostendrá mis ambiciones
En unas lenguas extrañas?
Será porque sigo viendo
El trinar de los cantores

Los repletos autobuses
Los remolinos de lluvia
Danzando en las avenidas
Y los nombres perforados
En mis pellejos mortuorios

El día de hoy me quedo
A impregnarme del rocío

El día de hoy descanso
En el regazo materno